

LA NUEVA SOCIOLINGÜÍSTICA Y LA ECOLOGÍA DE LAS LENGÜAS

J. M.^a Sánchez Carrión

ÍNDICE

I. Prólogo.

1. La otra sociolingüística.
 - 1.2. El nombre de las cosas.
 - 1.3. Las cosas de este nombre.
 - 1.4. De la sociolingüística a la lingüística social.
 - 1.5. Los principios fundamentales de complementaridad.
 - 1.6. La motivación natural y la motivación adquirida.
 - 1.7. La motivación adquirida, motor del cambio lingüístico.
 - 1.8. La sustitución lingüística o el reemplazo de una percepción por un prejuicio.
 - 1.9. La sustitución y la normalización lingüística desde la «teoría de los espacios».

2. Cómo se mata a una lengua.
 - 2.1. Autopsia de un genocidio.
 - 2.2. Las tres fases.
 - 2.3. Contacto versus colonización.
 - 2.4. Dominio versus dominación.
 - 2.5. La génesis del auto-odio.
 - 2.6. Sustitución (versus eliminación).
 - 2.7. El viaje definitivo.
 - 2.8. El ámbito del equilibrio eco-lingüístico.
 - 2.9. Un viejo texto para un nuevo proyecto.

3. Notas bibliográficas.

A D. Angel Irigaray

I

Es una satisfacción para mí dedicar este trabajo a la memoria del amigo de quien aprendí tantas cosas y con quien compartí momentos y afanes.

El supo, mucho antes que nosotros, que la lengua de Navarra, el euskara, es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los políticos.

Tuvo también la ocasión de vivir la experiencia de ver a aquellos que han tenido poder para fomentar durante lustros la aniquilación de la lengua más antigua de Europa, pretendiendo carecer del poder (entre competencias difusas, promesas confusas y trabas obtusas) para poner en marcha los cauces que permitan su recuperación.

Supo como ninguno, en un asunto que atañe a la conciencia de todos los navarros, hacer lo que correspondía: coger el euskara con sus propias manos, moldearlo y alzarlo sobre sí.

Y merced a todo ello dejó de ser espectador pasivo o agente agresivo en el escenario del hoy en el que se crucifica al idioma, y alcanzó a ser actor compasivo del mañana de su recuperación.

Yo rindo homenaje en él y con él a todos cuantos han probado, con sencillez y determinación, que donde hay voluntad de vida para la lengua empieza un camino de reconstrucción.

Y al saludar el nacimiento de una sociolingüística pensada desde y por la supervivencia de nuestra lengua, saludo, con cariño y con respeto, a quienes como él han construido los cimientos de su edificación.

Londres, abril 1984

1.2. El nombre de las cosas

Un individuo comienza a existir mucho antes del momento del parto. Y generalmente mucho antes de que se le asigne un nombre. Cuánto antes es asunto sobre el que, como salta a la vista por disputas aún calientes, no es fácil ponerse de acuerdo. Pero bastante antes, desde luego, de que aparezca ante los demás con su propio formato —y no ya como un elemento deformador de la orografía materna—. Y aunque después deberá asumir —por cesión o por conquista propia— muchas competencias para llegar a ser «él mismo», el momento de asignarle un nombre, qué duda cabe, es importante.

No en vano, en el alba de nuestros tiempos, reclamaba ya Alcínoo a su ilustre y desconocido huésped (1) que le dijera:

«El nombre con que allá te llamaban tu padre y tu madre, los habitantes de la ciudad y los vecinos de los alrededores, que ningún hombre, bueno o malo, deja de tener el suyo desde que nace, porque los padres lo imponen a cuantos engendran» (2).

Pero que no nos ciegue el rótulo, en esta época de las arbitrariedades de los signos lingüísticos, hasta llegar a creer que porque no tiene nombre no existe. O lo contrario: que porque el nombre esté ahí, en apariencia «pleno», él está, asimismo, terminado.

Lo mismo ocurre con esas otras hijas del espíritu humano que son las ciencias. Comienzan a existir, por lo habitual, mucho antes de que se les asigne un nombre propio, germinando como semillas nuevas en el vientre de madres que son diferentes a lo que llegará a ser ella misma. Nacen al cabo de cierto tiempo, momento en el que se considera importante ponerles un nombre. Y continúan desarrollándose hasta que alcanzan el suficiente grado de madurez para poder fecundar dentro de sí nuevos caminos que deberán ser recorridos por nuevos caminantes. Pues como decía Machado: «para que el vaso rebose / hay que llenarlo primero» (3).

En otro punto, además, es equiparable el nacer de un hombre con el nacer de una ciencia: el nombre lo ponen siempre «los otros». En las leyendas y tradiciones de los pueblos que profesan una creencia monogenésica ni siquiera el primer hombre se nombra a sí mismo. A falta de otro como él que lo nombre, a este primero lo nombra Dios.

(1) Odiseo.

(2) Odisea, Rapsodia VIII (citamos por la edición de Ed. Origen, 1982. Traducción de L. Segalá, pág. 111).

(3) «Demos tiempo al tiempo / para que el vaso rebose / hay que llenarlo primero». En Poesías Completas, Espasa Calpe. Madrid, 1981, pág. 275.

1.3. Las cosas de este nombre

Enteramente semejante es el proceso que ha tenido lugar con la ciencia que nos ocupa. Comenzó a germinar mucho antes de lo que comúnmente se acepta, en el vientre de aquellas ciencias más abiertas a lo «contingente humano». Llegó el día —y de esto no hace tanto— en que balbució, berreó o cantó bajo la luz de la mañana. Y la llamaron *sociolingüística*. Es evidente que el nombre se los habían puesto los otros. Y si a estas alturas no merece la pena cambiárselo, no es precisamente porque le venga al pelo. Lo que ya para entonces se llamaba «lingüística», no contribuyó nunca seriamente a concebirla, mucho menos a parirla (parece más bien que fue su causa de aborto en repetidas ocasiones (4)). Y aún hoy, a pesar de compartir un común apellido, todavía sigue ésta teniendo a aquélla como un pariente mal encaminado, bien lejano y más o menos conspicuamente desheredado de las prebendas que reserva para los legítimos y acreditados hijos suyos, tales como la gramática histórica, la dialectología, la semántica, la fonología... y hasta esa joven hija suya a la que con orgullo de madre llama «aplicada» (5).

1.4. De la sociolingüística a la lingüística social: el horizonte de una alternativa

Pero una cosa es que el nombre que tiene no le favorezca (6) y otra muy distinta que nos quieran hacer confundir el registro civil con la pila bautismal. Seamos serios. Esa cosa que figura en los manuales (de «lingüística») como esa parte de sí —y como parte, claro está, inferior al todo— que «deals with the variation in language within a community which are directly related to the makeup of the community» (7), eso, digo, tiene el nombre que le correspon-

(4) Comentando las dicotomías saussurianas, escribe Malmberg «a la langue no le concierne (...) el individuo hablante ni el enunciado individual. Es una abstracción, un cuerpo de convenciones cuya existencia es esencial para la comunicación apropiada entre los miembros de una comunidad lingüística. Por otra parte, la *parole* es el auténtico enunciado, el lenguaje tal y como es realizado en un momento particular por un determinado hablante» (B. Malmberg, «Los Nuevos Caminos de la Lingüística», pág. 43. Ed. Siglo XXI, 1971). Las implicaciones de esta dicotomía que eleva lo que es social al plano de la abstracción pura y circunscribe lo concreto a un plano exclusivamente individual, las he analizado repetidamente en «Bilingüismo, Disglosia, Contacto de Lenguas». Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo» VIII, S. Sebastián, 1974, pp. 3-80, especialmente pp. 25-30. Y en «El Espacio Bilingüe», Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza, Burlada, 1981, especialmente pp. 15-7, 65-68 y 159.

(5) Basta comparar el lugar que ocupa en los planes de estudio universitarios y en las Facultades de Filología de esta zona del mundo. En la mayor parte de las Facultades españolas está representada por Ø.

(6) Preferiríamos «lingüística social».

(7) Se trata de una definición estándar de la sociolingüística, muy frecuente en los manuales del otro lado del Atlántico. La recogemos tal y como aparece en el texto del Nancy Parrot Hickerson «Linguistic Anthropology», Holt, Rinehart and Winston (New York, Chicago...), 1980, pág. 4.

de. *Es sociolingüística*. Es decir, es un socio (más) de la lingüística (no-social). Y un socio, o una sociedad, que en ciertas partes del planeta cuenta con numerosos e interesados accionistas.

Pero aquí estamos hablando de otra cosa, y es justo (y además *necesario*) definirla con claridad. Lo que quiero decir es que hay otra ciencia —o, por lo menos, merece haberla— que consiste en ver el lenguaje de *otra manera*. Todo el lenguaje y el lenguaje de todo. No como algo sólido, auténtico e independiente de nosotros mismos, sino algo que adquiere realidad sólo en relación con nosotros mismos. Una ciencia que comprenda que «somos parte del lenguaje y cuando estudiamos el lenguaje no puede eludirse el hecho de que el lenguaje se está estudiando a sí mismo», y que lo que nos interesa del lenguaje no es su «realidad externa», sino nuestra interacción con él.

Soy de los que piensan que sólo la ciencia que toma esta perspectiva del lenguaje merecería llamarse «lingüística» o, mejor, «ciencia del lenguaje». Justamente como la verdadera física es, hoy ya, la física cuántica. Porque es exactamente el camino que va de la física newtoniana a la física del quantum el que media entre una y otra lingüística (8). Y es la física cuántica la ciencia con la que esta sociolingüística encontraría semejanzas más estrechas y revisiones de la realidad más radicales y más profundamente revolucionarias. De hecho, aunque nadie se haya percatado de ello, a lo que parece, la mejor definición de lenguaje es, *precisamente*, la definición que la mecánica cuántica aporta del mundo físico:

«No es una estructura construida a base de entes independientes y no analizables, sino, más bien, una red de relaciones entre elementos cuyo significado surge de manera total de sus correlaciones con la totalidad» (9).

1.5. Los principios fundamentales de complementariedad

Llámesese como se llame la nueva lingüística, deberá establecerse sobre una serie de principios que eviten a sus futuros servidores pasadas servidumbres: a saber, olvidar que el estudio del lenguaje es inseparable del estudio del hombre (y del grupo humano) que lo habla.

He llamado a estos principios *axiomas fundamentales de complementariedad*. Y aunque la lista no es, ni mucho menos, lista cerrada, algunas de sus evidencias parecen ser las siguientes:

1.^{er} axioma: Sin nosotros el lenguaje no existe. Pero sin el lenguaje nosotros tampoco existimos.

(8) Cf. por ejemplo, G. Zukav «La Danza de los Maestros», Argos-Vergara, 1979, pp. 54-5, «la mecánica cuántica se ocupa del comportamiento del grupo», «...podemos precisar un comportamiento colectivo sin estar en condiciones de predecir ni uno solo de los comportamientos individuales que componen el fenómeno colectivo».

(9) La definición pertenece a Stapp (S-Matrix Interpretation of Quantum Theory). Cito apud Zukav, pág. 87.

2.º *axioma*: Cada quien ocupa un lugar en la lengua. Que es exactamente el lugar que la lengua ocupa en él.

3.º *axioma*: Cada quien realiza unas posibilidades de la lengua. Que son, por cierto, las posibilidades que en él la lengua realiza.

4.º *axioma*: Nosotros somos importantes para la lengua cuando la lengua es importante para nosotros.

Estos pocos axiomas permiten ya, de por sí, generar muchas otras ideas nuevas. Pero si se meditan con cuidado, se observará que poseen otra virtud aún mayor: destruyen, ab initio, ese tipo de obstáculos mentales —habitualmente presentados en forma de preguntas con apariencia de racionalidad— que algunos arrojan a diestro y siniestro con el firme propósito de taponar la vía de escape natural de ciertas situaciones idiomáticas que tienen mucho de antinaturales. Me refiero a todo un cúmulo de prejuicios idiomáticos, que por su forma aparentemente inquisitiva e inocua, infeccionan virulentamente a las gentes menos preparadas de nuestras comunidades lingüísticas (las llamadas por Walton «frases víricas») (10).

1. Frase vírica: Pero ¿es acaso posible hablar de física atómica en euskara (gallego o catalán)?
[Antídoto: Si yo puedo, mi lengua puede (por el axioma 3.º).]
2. Frase vírica: ¿No será un anacronismo querer salvar el gallego (catalán, vasco)? ¿Es acaso tan importante?
[Antídoto: Es importante, porque para mí es importante (axioma 4.º).]
3. Frase vírica: ¿Es que no se es igual de vasco sin hablar euskara (gallego, catalán)?
[Antídoto: Sin euskaldunes no hay euskera. Pero sin euskera no hay euskaldunes (axioma 1.º)...]

1.6. La motivación natural y la motivación adquirida

Desde hace algún tiempo he comenzado a sospechar que antes de intentar entender qué son las lenguas (en sí), tal vez, todo lo que debemos empezar a hacer es estudiar y analizar nuestras ideas sobre las lenguas. Las razones de esto son diversas. Unas se desprenden de los principios elementales expuestos más arriba. Otras tienen que ver con la naturaleza misma del aprendizaje lingüístico.

(10) «Las frases autorreproductivas pueden ser asimiladas a los virus. Las frases víricas, nombre con que Walton las ha bautizado, «buscan la reproducción de sí mismas tomando el control de recursos pertenecientes a entidades más complejas». Walton y Going quedaron muy impresionados por la perniciosa naturaleza de tales frases, por la egoísta forma con que invaden un espacio de ideas y se las arreglan, sin más que ir produciendo duplicados de sí mismas, para apoderarse de una gran porción de ese espacio. ¿Por qué no de todo el espacio?... (por) la competencia que les plantean otros autorreplicadores» (D.R. Hofstadler, «*Frases víricas y estructuras lingüísticas autoduplicantes en el reino de las ideas*», Investigación y Ciencia, n.º 78, pp. 108-115. Pág. 108.

Un idioma, como escribía Bugelsky (11), se adquiere mediante tres factores complementarios: la motivación, la percepción y el ejercicio. Estos factores están presente en los dos grandes tipos de adquisición lingüística existentes: el aprendizaje mediante exposición directa a la lengua, que es el que opera básicamente en el niño, y la adquisición secundaria (12), que es la que a partir de una determinada edad opera en el adolescente y en el adulto.

Estos tres factores son interdependientes, y la falta de cualquiera de ellos hiere de muerte a cualquier lenguaje natural. Pero de los tres, el que es primero es el factor motivación. Es el primero en aparecer y el primero en desaparecer. Aparece antes de que se haya comenzado a hablar —o aun a balbucear— la lengua que se desea articular. Desaparece mucho antes de que se soslaye definitivamente el uso de la lengua una vez adquirida.

Naturalmente, la motivación difiere según se trate del aprendizaje de la primera o de una segunda lengua. En el primer caso, la motivación es máxima, porque aprender a hablar esa lengua es aprender a comunicarse lingüísticamente, es decir, como ser humano. Surge como parte de la necesidad de adaptarse a los demás con los que se entra en relación, y de adaptarse con ellos, y entre ellos, a cada modo particular de ser hombre. Pero el niño está espontáneamente motivado (y máximamente motivado) a aprender la(s) lengua(s) que los otros ejercitan en su trato diario con él, que puede ser una lengua distinta a la que esos mismos hablantes desearían hablar (pero que no hablan aún efectivamente). Por otra parte, la motivación del hablante adulto está en relación directa al grado de conformidad o de disconformidad que guarda hacia lo que lingüísticamente es ya. Si se trata de un monolingüe, la conformidad absoluta con lo que es (lingüísticamente hablando) incide en que capitalice toda su motivación hacia su único idioma, permaneciendo voluntariamente en su monolingüismo. La disconformidad absoluta, por el contrario, le lleva a querer cambiar de identidad lingüística. Y aunque, por razones diversas, puede no ser él mismo capaz de recorrer esta distancia, puede hacer mucho por acortársela a sus tutelados o sucesores más jóvenes, haciendo que esta motivación hacia la otra lengua que en él vive divorciada de su percepción y ejercicio —o práctica— lingüísticas, el niño la extraiga —como la extrae siempre— del conjunto de percepciones y ejercicios lingüísticos a los que se les somete (y del que sus progenitores son sólo una parte) (13). Estos monolingües (a los que, tal vez, habría que llamar pre-bilingües) tratarán de que sus hijos se relacionen con gentes que hablan ya

(11) «The Psychology of Learning», New York, 1958, pág. 58.

(12) Un análisis desde una óptica diferente en nuestro trabajo «La Navarra Cantábrica: estudio antropolingüístico de una comunidad euskaldúm. Fontes Linguae Vasconum, n.º 37, pp. 19-98, esp. pp. 46-62.

(13) «Hay una gran diferencia entre el monolingüismo soportado como un humillante estigma y el monolingüismo vivido como una condición derivada de la inserción y fidelidad a la propia cultura y a la propia naturaleza. El primero provoca en las generaciones subsiguientes el horror de la lengua tradicional y el deseo de insertarse lo antes posible en la lengua invasora, dando lugar a un tipo de bilingüismo de corta duración que marca la transición que opera entre

la otra lengua, que obtengan su instrucción en el «otro» idioma, incluso que respondan a sus padres en ese idioma distinto al que ellos mismos pueden articular. Pueden, incluso, con los límites que las lenguas autorizan, tratar de «alterizar» su propio idioma, haciéndolo, ante la imposibilidad de cambiarlo, lo más cercano posible a aquel al que se hubiera deseado acceder, en el que uno mismo hubiera deseado ser sumergido...

1.7. La motivación adquirida, motor del cambio lingüístico

En las diversas comunidades idiomáticas, el factor motivación aparece, pues, distribuido equilibradamente, paritariamente, en la primera infancia (en el aprendizaje natural); y desigualmente entre los adultos de los diferentes grupos idiomáticos. Todos los niños están igualmente motivados —y motivados igual de intensamente— para adquirir la lengua que se ejercita y que perciben en su entorno, sea ésta cual sea y tenga el número de hablantes que tenga. Pero no todos los adultos están igualmente motivados para mantener la lengua que adquirieron desde niños y para mantener las condiciones lingüísticas (la «ecología lingüística») que ellos mismos heredaron. Se diría que, aquí también, la naturaleza es más justa que cualquiera de los estados modernos. La política lingüística de casi todos éstos consiste en alterar la pluralidad lingüística original y el equilibrio de cada grupo idiomático, descompensándolo en favor de sus propias y cada vez más limitadas y excluyentes opciones. En el punto de partida (la diversidad lingüística natural) todas las lenguas son iguales. En el punto de llegada (que, por suerte no es tampoco final absoluto de recorrido, sino estación de paso de la historia), todos los super-estados actuales tienden a ser monolingües (14). El pase de sombrero, el truco del prestidigitador tiene lugar, precisamente, en la mitad del espectáculo: consiste en hacer que no haya un Estado para cada lengua y en que no sean iguales todos los Estados. En la primera parte del juego pierden los que se quedan sin silla. En la segunda pierden los que se sentaron en banquetas y ganan los que lo hicieron en trono, sillón de banquero o carro de combate.

A este juego, los que se sientan lo llaman «la lengua compañera del imperio». Los que están de pie, tumbados o de rodillas le suelen dar otros nombres. Los sociolingüistas lo conocen con el nombre de «sustitución lingüística» (15). Su nombre es glotocidio. O glotofagia.

un estado de lengua y otro distinto, y que se refleja espacialmente en una situación de bilingüismo regresivo, donde el idioma dominado pierde terreno progresivamente» (Sánchez Carrión, «El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe», págs. 13-31, en «La Problemática del Bilingüismo en el Estado Español». I.C.E. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1980. Pág. 21).

(14) EE.UU., Gran Bretaña, Alemania, Francia, China, Japón... La única excepción en este sentido es la URSS y aún así es una excepción relativa: en numerosas repúblicas soviéticas el ruso se extiende a costa de las otras lenguas nacionales por su condición de lengua vehicular exclusiva. Cf. E. Glyn Lewis "Multilingualism in the Soviet Union", Mouton (The Hague, París), 1972.

(15) Como «substitutió lingüística» plasmaba Ll. V. Aracil el correspondiente inglés de «language shift», definiéndolo como «redistribució de les varietats que formen el repertori

1.8. La sustitución lingüística o el reemplazo de una percepción por un prejuicio

En uno de sus aspectos, la sustitución lingüística se podría incluso definir así:

«El proceso que consiste en reemplazar la lengua de las ideas por las «ideas» sobre la lengua.»

La lengua de las ideas representa el estado «puro» natural. Todas las lenguas y cada lengua como instrumento para la ideación: para realizar el encuentro del hombre con el mundo. En este punto de partida, todas son iguales e igualmente necesarias (16). La motivación para aprenderlas y la razón para mantenerlas es también idéntica.

Pero la situación actual de la inmensa mayoría de las casi 3.000 lenguas vivas se encuentra bastante alejada de este punto de partida (17). Su momento se caracteriza porque la ideación pura ha sido reemplazada por las ideas o, mucho mejor, la ideología (o como quiere Aracil, la fraseología) sobre las lenguas.

Por su valor como instrumentos de ideación podríamos valorar lo que una lengua es en sí. Por las ideas o la fraseología que se produce sobre una lengua no podemos en cambio saber qué es. Pero podemos llegar a entender cómo se encuentra, cuál es su situación en el proceso sustitutorio y podemos comprender la razón —o la sinrazón— de la enorme desigualdad de situaciones lingüísticas patentes y existentes. Como lo que los hablantes perciben en el momento actual no son sus lenguas, sino sus lenguas a través de las ideas que se han forjado de ellas, y como esta percepción condiciona el ejercicio del uso lingüístico particular y, por tanto, la vitalidad o debilidad de una comunidad lingüística dada, es por lo que pensamos que el estudio de este proceso tiene tanta importancia y es previo a la búsqueda de soluciones que nos reintegren al equilibrio originario.

lingüístic d'un àmbit sociocultural». Cf. su artículo «Substitutió lingüística» en el «Diccionari Ictineu de les Ciències de la Societat als Països Catalans», reproducido en *Papers de Sociolingüística*, La Magrana, Barcelona, 1982, pp. 115-20.

(16) Es ese estado —hoy privilegio de unas pocas comunidades idiomáticas— el que describe, por ejemplo, J. Vendries, en una de las obras más sólidas y clásicas que ha dado la lingüística: «Cada miembro del grupo siente que habla una lengua que no es la de los grupos cercanos. La lengua tiene, pues, una existencia real en el sentimiento que tienen en común todos los que la hablan. Esa definición, puramente subjetiva en apariencia, se apoya en el hecho de que al sentimiento de la comunidad de lengua se une en la conciencia de los sujetos que la hablan el sentimiento de un ideal lingüístico determinado, que cada cual trata de realizar por su parte». Pág. 263 de «El Lenguaje: Introducción lingüística a la Historia». Ed. en español por la Editorial Hispano Americana, México, 1958.

(17) El número exacto de las lenguas del mundo no ha sido fijado aún, ni siquiera aproximadamente. El cómputo varía de 2.000 a 4.000, según los autores. Por eso optamos por citar una cantidad intermedia.

He tratado de explicar todo esto en un trabajo reciente (18) y estoy seguro, dado el espacio del que dispongo y del que ya he consumido, ser incapaz aquí de hacerlo de un modo más idóneo.

1.9. La situación y normalización lingüísticas desde «la teoría de los espacios»*

Porque la idea requiere para ser captada con propiedad un número bastante elevado de explicaciones colaterales. Unas afectan a la multidimensionalidad del uso lingüístico (incluso en el sujeto aislado monolingüe); otras, a la naturaleza de este «retículo perceptivo» en que van quedando atrapadas las ideas (o figuraciones) sobre las cosas.

Pero para simplificarlo al máximo y con el riesgo de que una simplificación brutal haga pasar por brutalidad una idea sensata, el problema radica en saber qué va quedando dentro y qué fuera. O, dicho de otra manera, cómo se categoriza la experiencia en general y la experiencia sobre las lenguas en particular, de acuerdo con un patrón de inclusión/exclusión que opera en niveles sucesivos desde lo que es pensado como «lo que existe» hasta lo que es pensado como cada «yo» concreto (19).

Como se ha escrito en ese lugar:

«Desde la teoría de los espacios, el problema de la sustitución y de la normalización lingüística consiste en analizar cómo puede un idioma pasar de ser inasequible a ser asequible, de ser extraño a ser reconocido, de ser reconocido a ser aprendido, de ser aprendido a ser interiorizado, y de ser distinto a mí a ser parte de mí. Este proceso tiene lugar a través de una sucesiva ocupación de los espacios categoriales, mediante un proceso de sustitución de funciones. Funciones desempeñadas en la lengua A van siendo sustituidas por funciones desempeñadas en la lengua B. Es normalmente un proceso que va desde la esfera del EX a la esfera del IN, y en donde en algún momento de la vida de una comunidad dos lenguas distintas, durante un período de tiempo variable, comparten un único circuito (forman un único sistema) dando una impresión de «equilibrio» que los hablantes asocian, inconscientemente, con la situación de «bilingüismo» que padecen. Pero no hay, hablando con propiedad, ni equilibrio ni bilingüismo, sino sólo una fase en el proceso que señala la igualación momentánea entre una fuerza creciente y una fuerza decreciente» (20).

(18) El Espacio Bilingüe, cit.

(19) Ibidem. Cf. cap. 2.4.

(20) Ibidem. Pág. 131-2.

(*) Sánchez Carrión, "El Espacio Bilingüe", Eusko Ikaskuntza, 1981.

2.^a parte: Cómo se mata una lengua

2.1. Autopsia de un genocidio

Hace muchos cientos de años, los ainu eran un pueblo numeroso y ampliamente extendido por el actual archipiélago nipón. Según indican los topónimos, era el pueblo que estaba establecido en el archipiélago japonés con anterioridad a la llegada de los pueblos de raza mongol (21). Todavía en el s. VIII defendían el norte de Honshû frente a la aristocracia militar del llamado Período Nara japonés (710-794). En el s. XII debieron de rechazar heroicamente un intento de conquista por parte de las dictaduras militares de Kamadura, Muromachi y Momoyama, resistencia que quedó recogida en el gran poema épico ainu «Yukar», todavía conocido por los últimos ainus de este siglo (22).

Esta resistencia victoriosa, junto con otros problemas internos de los nipones (contención de las intenciones de invasión mongolas; crisis económica; veleidades independentistas del Sur) los mantuvo independientes hasta el s. XVII. La reunificación del Japón en el s. XVII con la creación del shogunado autoritario y centralizado (época de los Tokugawa, 1600-1868) y, sobre todo, el contacto de Japón con los europeos, que les introdujeron las armas de fuego, fueron minando sus posibilidades de resistencia.

Todavía en el siglo XVIII se encontraban en el extremo sur de la península de Kamchatka. Pero a partir de la conquista territorial su declive fue drástico. A principios de siglo se contabilizaban en unos 15.000 (23). Cuando hace unos pocos años el profesor Yumiko marchó para estudiar la situación presente de la lengua ainu, se encontró con que sólo un informante podía hablar ainu tan correctamente como japonés, y no más de diez personas podían considerarse —en diversos grados de bilingüismo residual— como ainuparlantes. Todos ellos sobrepasaban la edad de 70 años. Casi todos eran híbridos.

(21) Al menos en la mitad septentrional de la isla Honshû. Taguchi escribe que «Archaeological finds support the theory that Ainu inhabited much of the northern half of Honshû several centuries ago; further evidence for this is given in the etymology of place names» (Kirsten Yumiko Taguchi «An annotated Catalogue of Ainu Material»). Scandinavian Institute of Asian Studies Monograph Series, Lund, 1974).

(22) Cf. Charles Dunn, pág. 151 «Los Ainos», pp. 148-53 del tomo IV de la obra colectiva «Pueblos de la Tierra» (bajo la dirección de Sir Edward Evans Pritchard), Ed. española Burulan, S. Sebastián, 1973.

(23) En muchas obras antropológicas de carácter general se sigue dando esta cifra como de componentes actuales de la etnia ainu. Pero a la vista de los datos recientes que Taguchi recogió en la década de los 70 sobre el terreno, resulta absolutamente infundado seguir barajando esta cantidad.

2.2. Las tres fases

He elegido este ejemplo, patético, como casi todos, porque su carácter distante en el espacio y aún, aunque mucho menos, en el tiempo nos hace ver con mayor claridad que las diferencias no afectan a lo que es sustancial: la técnica misma del *glotocidio*. *Y también por una razón humanitaria: porque, ya que su pervivencia como pueblo en el conjunto de los pueblos humanos ha resultado ser una lucha fallida, es justo, cuanto menos, que quede para la posteridad como un ejemplo de lo que debe (y quizás aún puede) ser evitado.*

El proceso de aniquilación de la comunidad ainu presenta claramente las tres fases o ciclos que es posible reconocer en cualquier otro proceso de exterminación lingüística. Hemos llamado a estas tres fases: a) contacto; b) dominación; c) sustitución (o eliminación),

Es preciso resaltar en esta terminología la dualidad significativa del término «sustitución», que designa tanto el proceso global como la última fase del mismo. Porque ocurre aquí también lo mismo que con el iceberg: la parte que salta a la vista es sólo una mínima porción del volumen total, que en su mayor parte permanece bajo las aguas. Es decir: la sustitución lingüística comienza mucho antes de que sea percibida y sentida como tal por todo bicho viviente y una de sus trampas consiste precisamente en que, cuando comienza, la mayor parte de la gente no tiene a la vista la magnitud exacta de lo que se avecina.

2.3. Contacto (versus colonización)

La fase de contacto consiste en que dos comunidades lingüísticas entran a depender de una única unidad social, política y territorial, cuyos órganos de poder están controlados por los miembros de una sola de dichas comunidades. Estos individuos tratan de disolver, entre los miembros de la comunidad lingüística fagocitada, el vínculo cohesionador que existe entre ellos en virtud de su adscripción, natural y espontánea, al sistema común de referencias que es su propia lengua (24); y ofrecen, alternativamente, instrumentos cohesionadores diferentes (comunidad política, comunidad ideológica, etc.), todos los cuales se expresan y formulan desde la lengua de los gobernantes. El hecho de pertenecer a la comunidad lingüística fagocitada deja así de ser el núcleo definitorio de las relaciones entre el individuo y el grupo y se convierte, no obstante su importancia intrínseca, en un factor secundario. Para decirlo con palabras claras: los hablantes individuales se mantienen, pero para evitar que se reproduzcan, se les elimina como grupo, de manera que tengan que buscar fuera de su grupo idiomático su identidad grupal (es

(24) «En el grupo social, cualquiera que sea y por extenso que se le suponga —como había escrito Vendries—, la lengua desempeña un papel de importancia capital. Es el lazo más fuerte que une a sus miembros: es a la vez el símbolo y la salvaguardia de su comunidad». El Lenguaje, cit., pág. 263.

decir, social). En el caso de los ainus, esta fase comienza con la invasión territorial y la integración de las comunidades de la nación ainu-parlante (que no había desarrollado una estructura de Estado), dentro del Estado *japonés*.

2.4. Dominio (versus dominación)

En la fase de dominio, el mundo simbólico de una de las dos comunidades —la de los gobernantes— se convierte en universo único e implícito de referencia. La otra de las comunidades pierde su base cultural específica y su lengua es adaptada como instrumento auxiliar de paráfrasis de la cultura de la lengua dominante.

Esta fase, apenas entrevista por la mayor parte de las obras llamadas sociolingüísticas, es fundamental para entender el proceso en su globalidad. Porque lo que aquí se descompensan son dos cosas: la percepción misma de la lengua y la percepción que de sí se tiene a través de la lengua. Es en esta fase, cuando el bilingüismo (de la comunidad sojuzgada y sólo de ella) se presenta como necesidad. Y es en realidad necesidad de completar una interpretación de sí que ha sido sesgada, decapitada y mutilada, en el propio idioma (25).

Las implicaciones de esto son enormes y afectan a un conjunto muy diverso de hechos y acontecimientos (26). Como no estamos en condiciones de pormenorizarlos aquí todos, nos vamos a referir al más importante: el fomento del auto-odio y, correlativamente, la admiración hacia los dominadores.

2.5. La génesis del auto-odio

A partir del siglo XVII y tras la conversión de la nación ainu en un conjunto de individuos súbditos del estado japonés, se empieza a producir entre los japoneses un tipo de preocupación y de interés sobre los ainu muy especial: el interés sobre los orígenes. Como eran diferentes (a *la mayoría*) (27), la mayoría se excita indagando las causas de la diferencia. Se sugiere su

(25) Es la fase que Bordieu había llamado «l'unification du champ linguistique et l'imposition de légitimité». En «Le fétichisme de la langue» escribe (pág. 5): «L'unification politique et la constitution corrélatrice d'un champ linguistique domine par la langue officielle créent entre le parler officiel et les autres une relation sans précédent: cette relation objective de domination symbolique affecte réellement la valeur qui est objectivement assignée aux produits linguistiques des différents locuteurs et, par là, modifie leurs dispositions et leurs pratiques» (en Actes de la Recherche en Sciences Sociales, juillet, 1975, pp. 2-32).

(26) Que van desde las gramáticas que «explican» la lengua fagocitada hasta las ideas que se forjan de esta comunidad lingüística los hablantes de una tercera comunidad ajena a las dos en conflicto.

(27) Para entonces, obviamente, ya se ha entrado en lo que Aracil llama «situación minoritaria».

origen australoide. Se apuesta por su procedencia caucásica (28). Unos pocos plantean, en estado de aparente sobriedad, un posible origen extraterrestre (29). Pero la opinión que ganó mayor aceptación entre las mentes populares de aquellos a los que los sufridos ainus tenían que soportar como vecinos, era la de que, sencillamente, no eran seres humanos, sino una suerte de híbridos entre hombre y perro (30). Las pruebas más sólidas que se ofrecieron en apoyo de esta teoría merecían figurar, por derecho propio, en un museo de la estulticia humana: la abundante vellosidad de los ainus, el culto con el que honraban al oso y su creencia en la divinidad de todos los seres vivientes (31).

Pero este discurso, en sí mismo, es muy interesante: no tanto por lo que dice, sino por lo que supone.

Porque revela que llevados a este estadio, donde ya son los otros los que tienen la obligación, o el despropósito, de explicar quién es a uno mismo, aquéllos soslayarán siempre el plantear la cuestión en términos de presente o de futuro. No importaba cómo estaban y qué iba a ser de los ainu (puesto que no interesaba que fueran), sino de dónde venían. A partir de un cierto momento, todo el «futuro» de los ainus estaba en su propio pasado. El origen era relevante, porque su destino se había vuelto ya irrelevante. La idea del «desplazamiento» en los orígenes de este pueblo «exótico» (32) hasta «nuestra tierra» impedía a los nipones aceptar la evidencia de que también ellos venían de algún lado. Es más, que los ainus estaban *en su sitio*, cuando los japoneses los invadieron y desplazaron. Una suplantación del momento presente era así enmascarada con una explicación en el pasado, que debía, además, justificar «naturalmente» una injusticia anti-natura tramada y consumada en el presente. El efecto perseguido (y conseguido) es éste: hacer que lo que es normal (el derecho de una nación idiomática a ser y ser diferente) se convierta en excéntrico. Para que lo que es excéntrico (asimilación y/o exterminación de un pueblo diferente) se acepte como normal.

Pero el discurso sobre «los orígenes» y «la diferencia» de aquellos a los que no se acepta el derecho a ser «otros», enseña algo también que es muy ilustrativo y que provee por sí mismo de abundante materia de reflexión: a saber, que cuanto más esfuerzos se hacen por acallar a alguien, más esfuerzos se hacen por explicar lo que quisieran decir, o lo que debieran haber dicho, en

(28) Como escribe Taguchi, «Theories about the origin of the Ainu people are almost as numerous as researchers on the subject».

(29) *Ibidem*, pág. 23.

(30) «It was a quite common belief among Japanese that the Ainu were not human, but a mixture of dog and man» (*Ibidem*). «Due to such prejudice Chiri suffered a great deal as a Child, and in later life he often boasted of his origin in a somehow spiteful way». Mario Chiri fue el primer ainu «puro» —a finales del siglo pasado— en tener acceso a una educación superior japonesa. Llegó a ser uno de los más brillantes especialistas sobre su pueblo.

(31) Cf. Dunn, cit., pp. 152-3.

(32) «Exótico» tiene aquí un sentido exacto, que ha sido fijado en «El Espacio Bilingüe», cit., pp. 123 y ss.

el supuesto de que les hubiéramos dejado en libertad para hablar con sus propias palabras.

En esta fase de dominio, los individuos ainus a ella sometidos trataron —como era inevitable— de suprimir tan lastrantes «diferencias», asimilándose rápidamente en todos los rasgos culturales al mundo japonés, mezclándose entre los nipones con la esperanza de confundirse y pasar desapercibidos como «uno de ellos», y ocultando celosamente —cuando les delataban o ellos mismos los descubrían— todos aquellos rasgos que revelarían una integración no consumada (33).

2.6. Sustitución (versus eliminación)

Finalmente, en la fase de sustitución, que se superpone a la anterior sin solución de continuidad, la descompensación altera las bases mismas del ejercicio lingüístico. Sólo la comunidad lingüística dominante puede efectuar en cualquier punto del territorio (34) toda la actividad lingüística en su lengua materna. La actividad lingüística de los hablantes procedentes de la otra comunidad lingüística (35) presenta, en cambio, funciones de las que deben auto-excluir o realizar necesariamente en la lengua invasora; funciones donde ambas lenguas coexisten en concurrencia continua y funciones residuales (36) que pueden desarrollar exclusivamente en su lengua nativa: éstas son siempre de escasa relevancia social. Y el análisis pormenorizado del proceso glotofágico muestra además claramente que las primeras funciones están en continua expansión a costa de las segundas, y que las segundas van atrayendo a las terceras, correlativamente, a su ámbito. Es decir que aquí también el bilingüismo aparece exclusivamente como tránsito entre un monolingüismo de entrada y uno de salida (37).

Por lo que se refiere a los ainus, es ésta la fase en la que todos los ainus bilingües (pues ya no quedan monolingües) se monolingüizaron en japonés. Y la lengua que aparecía ante ellos finalmente como una «marca de maldición» y desprovista de utilidad real (esto es, desprovista de espacios vitales propios y exclusivos) fue definitivamente abandonada.

(33) Es el caso de gran parte de los informantes de Taguchi. «Mrs. Ohta speaks only Japanese in her daily life, and when asked to speak Ainu, she mixes it with Japanese, and seems unable to distinguish the two languages... Kame Horikawa has forgotten most of the Ainu language and does not like to speak it...»

(34) Para entonces, ya, territorio «común».

(35) «procedentes de», porque ya no subsisten como la comunidad que fueron. Cf. supra.

(36) Ciertas actividades del hogar, ciertas faenas tradicionales, algún relato o recuerdo «del pasado»...

(37) Es el tipo de bilingüismo que, como describía lúcidamente Aracil, resulta de «la combinació d'un sol idioma amb una mala consciència —massa pròxima en alguns a la mala fe» (En Papers, cit., pág. 55).

2.7. El viaje definitivo

Perder una lengua es un proceso de extrañamiento. Consiste en extrañarse de la propia realidad y entrañarse en una nueva. El sujeto no queda nunca en el vacío: al perder una perspectiva, adquiere otra. Otra igualmente parcial que, sin embargo, se ofrece y se acepta, generalmente, como totalidad: como la realidad. El cambio de lenguas comienza y termina en un cambio de perspectivas. Los grupos humanos —y especialmente los gobiernos— saben que sólo se conquista a otros grupos humanos a su seno cuando respecto a ideas tan básicas como «nosotros», «vosotros», «ellos», se tienen inclusiones y exclusiones idénticas. Lo demás es *otra* historia: que también deberá explicar esa *otra* sociolingüística.

Es posible que a partir de un *momento crítico* (que sería muy importante poder determinar con exactitud) a los ainus sólo les quedara una opción: o desaparecer como pueblo o desaparecer como individuos (38). No tiene sentido preguntarse qué alternativa era mejor. Sino cuándo, cómo, quiénes y por qué les escamotearon el derecho a elegir otra cosa.

2.8. El ámbito del equilibrio eco-lingüístico

«For the last 100 years everybody has been urging everybody else to do something about the decline of the Ainu, but now the time has come to realize that nothing was done, and that which was not learned in time, will never be learned» (39).

Este patético epitafio, cincelado hoy ya sobre la tumba de un hermoso pueblo, puede ser mañana el nuestro si no aprendemos ahora, en este tiempo de lección, la lección de este tiempo.

La muerte de una lengua, de un pueblo, o, lo que es lo mismo, de una nación lingüística, no es algo que concierna exclusivamente a la comunidad o a los individuos que por sinrazones históricas detentan unos intereses sobre ese pueblo. No es un asunto interno de un Estado, porque el Estado no es, en el punto de partida, una unidad interna de la comunidad lingüística: éstas son, en efecto, y en los casos que nos ocupan, anteriores a aquél. La suerte de una lengua es algo que afecta al género superior de la que todas son especies paritarias: el lenguaje humano. Es, por tanto, un asunto ecológico (40), de ecología planetaria, pues es el planeta el espacio que todos compartimos. Es en el ámbito del planeta en el que una nación idiomática debe decidir su

(38) que era desaparecer *también* como pueblo, lógicamente.

(39) Taguchi, cit, pág. 21.

(40) «Segurament cal dir que, com que la realitat social es relacional, toutes les relations “externes” importants són relacions *internes*» (Ll. V. Aracil “Dir la Realitat”, Barcelona, 1981).

propio futuro. Es en la tierra donde está en juego un modelo de convivencia en la igualdad fundamental y en las diferencias culturales.

Nuestras lenguas, por humildes que sean las existencias a las que han sido arrojadas, tienen derecho, si nosotros lo queremos para ellas —y porque nosotros lo queremos para ellas— a un lugar y un espacio dentro del lenguaje humano que las eleve a la altura de lo que son. Los hombres concretos y los Estados indiscretos no deberían quitarles lo que antes de ellos (y después de ellos) la Humanidad y la naturaleza les han otorgado, el derecho a ser y a ser necesarias para las gentes que las heredamos.

2.9. Un viejo texto para un nuevo proyecto

Estos objetivos y estos planteamiento de la nueva (socio)lingüística no son, ciertamente, de ayer. No son, todavía, de este hoy. Pero tenemos delante la imponente tarea de hacerlos de mañana y eran, por cierto, los que solían ser de un antesdeayer no excesivamente remoto. Aparece, por ejemplo, en un relato tan absurdamente interpretado como el mito de Babel (41). Y en muchos relatos semejantes que depositaron en los hombres de nuestras épocas históricas el acervo cultural de esas épocas previas. He aquí, por ejemplo, cómo lo explica el poema maidu de la Creación:

«En aquel tiempo, todo el mundo hablaba el mismo lenguaje. La gente estaba celebrando una ofrenda cuando, en la noche, todo el mundo comenzó a hablar una lengua diferente. Sin embargo, cada hombre y su mujer hablaban la misma. El Creador (Earth Initiate) había venido en la noche a Kuksu —el primer hombre— y le habría hablado acerca de todo, y dado instrucciones para el día siguiente. Así, cuando llegó la mañana siguiente, Kuksu llamó a toda la gente, las reunió, pues era capaz de hablar todas las lenguas. A cada uno le dijo los nombres de los diferentes animales... en sus lenguas, les enseñó cómo guisar y cazar, les dio las leyes y estableció el calendario de los bailes y festivales. Entonces llamó a cada tribu con su nombre y los envió en diferentes direcciones diciéndoles dónde habrían de vivir» (42).

Releyéndolo desde atrás —que es el mejor modo de entenderlo—, en este ancestral relato de una pobre tribu de indios californianos en trance de

(41) Hemos ofrecido una interpretación diferente de este mito en «Lengua y Pueblo» (Elkar, S. Sebastián, 1980, cap. V, «Lo que pasó en Babel»). Baste señalar aquí, para resaltar la incongruencia de las interpretaciones habituales, que cuando en el Nuevo Testamento la venida del Espíritu Santo borra los efectos de la «confusión» creada en Babel se hace volver a la humanidad no al uso de una lengua única, sino a un multilingüismo que no es obstáculo para una misteriosa intercomprensión en el seno de Dios. Cf. Los Hechos de los Apóstoles 2,4: «Se llenaron todos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar *lenguas diversas*, según el Espíritu les impulsaba a prorrumpir». El mismo mensaje se repite al recibir los gentiles el Espíritu Santo (Hechos 10,46): «En efecto, oíanlos cómo hablando en lenguas glorificaban a Dios».

(42) S. THOMPSON «Tales of the North American Indians». Bloomington, Indiana University Press, 1966.

extinción, encontramos todo un tratado de modernísima lingüística social y un proyecto lingüístico muy superior al que nos ofrecen, con espasmos de pretendida generosidad, la mayor parte de los gobiernos actuales y sus cualificadísimos expertos.

Las diversas unidades de la humanidad son el conjunto de hombre y mujer que hablan la misma lengua: es decir, las comunidades lingüísticas. Todas ellas son iguales en posición y dignidad, pues su conocimiento les es dado a todas por el mismo Hombre. Este no es otro que el Primer Hombre: el Hombre como totalidad, que es «bilingüe» en un sentido muy especial, pues se manifiesta en dos actitudes lingüísticas diferenciadas, pero complementarias entre sí: de un lado, en la multiplicidad lingüística formada por sus diversas tribus o naciones idiomáticas; de otro, en la unidad lingüística, la lengua con la que dialoga con su Creador: la lengua común subyacente a todas ellas. Esto es, el idioma unitario de la creación, mediante el cual, él también, hace llegar su voz a las estrellas.

Y es que, como cantaba Homero:

«Lo mejor es siempre lo más justo.» (43)

(43) Odisea, Rapsodia VII, pág. 96 de la versión citada.